

“CENTAURO A LO PÍCARO” Y VOZ DE SU
AMO: INTERPRETACIONES Y TEXTOS
NUEVOS SOBRE *LA VIDA Y HECHOS DE
ESTEBANILLO GONZÁLEZ*. II: ¿BURLA
PRIVADA O APOLOGÍA PÚBLICA DE
OTTAVIO PICCOLOMINI?*

1. OTTAVIO PICCOLOMINI EN LA HISTORIA Y EN LA LITERATURA
“Ernst ist das Leben, heiter ist die Kunst”

Cuando, en sus célebres dramas de 1798-1799, Friedrich Schiller elevó a Ottavio Piccolomini a la categoría de héroe trágico y antagonista fundamental de Wallenstein, determinó —en muy superior medida que con su anterior *Geschichte*— el sesgo que tomaría la imagen de la gran guerra europea del siglo xvii en la conciencia histórica y en buena parte de la historiografía del xix y xx. La construcción clásica de Schiller, y su reflexión sobre los conflictos individuales de lealtades contrapuestas e irresolubles que se originan en la lucha general por el poder, convirtieron a Wallenstein y a Piccolomini en arquetipos ideales de toda una época que, en cierta forma, resultaba embellecida¹. Y ello a pesar de que ni en su trilogía ni en su *Historia* de la guerra Schiller dejara de tener muy presentes las miserias y horrores que asolaron al continente durante los mal llamados “treinta” años.

La curiosidad por la figura de Ottavio Piccolomini se debió en un principio a su fama como personaje de Schiller y al deseo

* Este trabajo presupone en su elaboración una primera parte publicada en *Criticón*, 47 (1989), pp. 29-77: “«Centauro a lo pícaro» y voz de su amo: interpretaciones y textos nuevos sobre *La vida y hechos de Estebanillo González*. I: *La Sátira contra los monsiures de Francia* y otros poemas de 1636-1638”.

¹ Según Walter Müller-Seidel, la figura de Piccolomini representa en Schiller la defensa del “orden” establecido, de la “erstarrtes Leben”, de lo “förmliche”, por oposición a un Wallenstein rebelde frente a las verdades recibidas y empeñado en el triunfo de una “lebendiges Leben”. W. MÜLLER-SEIDEL, “Die Idee des neuen Lebens: eine Betrachtung über Schillers *Wallenstein*” (1971), *apud*. H. KOOPMANN, *Schiller-Forschung 1970-1980. Ein Bericht*, Marbach, 1982, pp. 95-96.

de diferenciar lo que había de realidad y de invención artística en la obra de un dramaturgo que se había servido ampliamente de fuentes históricas. Intrigaba también cuál podía ser el modelo del otro Piccolomini, Max, el hijo que Ottavio nunca tuvo². Más tarde fue el papel que jugó el general italiano en la conspiración que acabó con Wallenstein, como problema histórico en sí mismo y sujeto a diversidad de interpretaciones (la “Wallensteinfrage”), lo que llevó a interesarse por una personalidad que se revelaba particularmente enigmática y contradictoria, y que, por lo común, no salió muy bien parada en los juicios éticos retrospectivos de los historiadores. El Piccolomini arquetipo de la fidelidad a los compromisos sagrados y al emperador, puesto en escena por Schiller, se ensombrecía a medida que iban conociéndose varios de los documentos que revelaban su verdadero papel en el invierno de 1634 y su intervención estelar en el crimen de Estado del 25 de febrero en Eger³. Aunque quedaba concluyentemente probado que Piccolomini obedeció órdenes de la corte de Viena, sus propios escritos dejaban también en claro que había inventado o magnificado varias de las acusaciones que supusieron la caída en desgracia del generalísimo imperial, que actuó con una doblez que decía poco en favor de su nobleza, aprovechando la confianza ilimitada que le dispensaba Wallenstein, y que su móvil no era la pura y simple lealtad: Piccolomini se apresuró a pedir su recompensa y fue uno de los principales beneficiarios del asesinato del caudillo checo y de sus compañeros. Se nos dirá, así, que los

² Los primeros estudios modernos sobre Ottavio Piccolomini surgen al hilo de los intentos de identificar a ese Max o, en general, de su caracterización en las obras de Schiller: A. FR. VON WEYHE-EIMKE, *Die historische Persönlichkeit des Max Piccolomini im Schiller'schen Wallenstein und dessen Ende. . . Eine geschichtliche Quellenstudie. . .*, Pilsen, 1870, rebatido por E. PICCOLOMINI, “Sopra le ricerche e i giudizi del barone Arnolfo di Weyhe-Eimke intorno alla personalità storica del Max Piccolomini. . .”, *Archivio Storico Italiano*, 14 (1871), 213-249; H. M. RICHTER, *Die Piccolomini*, en *Sammlung gemeinverständlicher Vorträge*, Berlin, 1874, núm. 201, 317-345.

³ Cf. en especial las aportaciones documentales de H. HALLWICH, *Wallensteins Ende*, Leipzig, 1879, y *Briefe und Akten zur Geschichte Wallensteins 1630-1634*, Wien, 1912; F. PARNEMANN, *Der Briefwechsel der Generale Gallas, Aldringen und Piccolomini. . .*, Berlin, 1911; H. JEDIN, “Die Relation Ottavio Piccolominis über Wallenstein Schuld und Ende”, en *Z. d. Ver. f. Gesch. Schlesiens*, 65 (1931), 328-357, y H. V. SRBIK, *Wallensteins Ende*, Salzburg, 1952. En tono exculpatorio, cf. O. ELSTER, “War Piccolomini der Verräter Wallensteins?”, en *Piccolomini-Studien*, Leipzig, 1911, pp. 16-44 y T. M. BARKER, “Generalleutnant Ottavio Fürst Piccolomini. Zur Korrektur eines ungerechten historischen Urteils”, *Österreichische Osthefte*, 22 (1980), 322-369.

informes redactados por Piccolomini eran ante todo simples calumnias⁴, o que las artes con que supo hacer caer en la trampa y clavar el cuchillo en la espalda a quien lo había favorecido eran más las artes de un hipócrita y un asesino (“Heuchler und Meuchler”) que de un soldado⁵; los términos de “condottiero” e, incluso, “filibustero” afloran en los historiadores de Wallenstein tan pronto como Piccolomini entra en escena, y es de rigor verlo como instrumento de una conjura del partido de los “halcones” de la guerra, es decir el partido “español” de Viena, si es que no se le rotula directamente como *spiritus rector* de una conjura en la que fue capaz de involucrar a todos para satisfacer su sed de venganza por no haber obtenido los ascensos en honores y puestos de mando que pensaba que se le debían. Y sin embargo, sus mismos detractores reconocen la inteligencia y la “destreza fría, calculadora” con que hubo de comportarse este “aprovechado discípulo de Maquiavelo”, y “diestro intrigante”, que también se jugaba la vida en el envite⁶, y algunos encuentran, más allá del resentimiento o la pura ambición, algunos atenuantes en la conducta de un personaje cuyo nombre “wird [. . .] immer mit dem Makel der treulosesten Handlungsweise befleckt werden”⁷.

Una amalgama de “virtudes” que incluían la capacidad de disimulo, y de cálculo a largo plazo, una cortesía que se hizo legendaria, la habilidad tanto para negociar como para organizar, la obstinación en no dar nada por perdido en el peor momento, un evidente valor personal en el campo de batalla, el recurso a la brutalidad cuando lo creía conveniente, y una ambición sin límites en la búsqueda de honores y bienes materiales, son las constantes de su larga carrera como militar y político; una carrera en la que los sucesos de febrero de 1634 son sólo un episodio, decisivo, sí, pero que para Ottavio Piccolomini no fue más que un escalón hacia otras metas. Entre las fechas de 1618 y 1649, en las que suele enmarcarse el principio y fin de la gran guerra, lo vemos ascender de simple capitán de coraceros a general en jefe de todos los ejércitos del imperio (“Kaiserlichen General-Leutnant und Oberbefehler”). Una ironía final en su destino: Piccolomini, varias veces acusado de pertenecer a una casta militar que vivía

⁴ P. SCHWEIZER, “Die Verleumdungen Piccolominis”, en *Die Wallensteinfrage in der Geschichte*, Zürich, 1899, p. 242 ss.

⁵ H. V. SRBIK, *op. cit.*, p. 71.

⁶ Cf. G. MANN, *Wallenstein. Relato de su vida* (1971), trad. esp. de M. Grialmt, Grijalbo, Barcelona, 1978, pp. 798 ss.

⁷ H. V. SRBIK, *op. cit.*

de la guerra y que tenía intereses en no acabarla nunca, presidirá el congreso de paz en Nürnberg de 1649 y 1650 como delegado del emperador, tendrá a su cargo supervisar la desmovilización de los ejércitos en toda Europa central, y recibirá elogios como “Arbitre de la Paix”. Elevado al título de Príncipe del Imperio, vivirá aún seis años más, habiendo sido capaz de sobrevivir o anular a quienes lo habían relegado al ostracismo en más de una ocasión, los “maligrosos envidiosos” y murmuradores de Viena, Bruselas o Madrid. Detrás quedaban también algunos fracasos que para otro menos incombustible que él habrían sido definitivos. Y entre esos fracasos ninguno más clamoroso que el que sufrió poco antes de su ascenso final, es decir el que experimentó entre 1644 y 1647 en el desempeño del cargo de “Gobernador general de las armas y ejércitos de su Majestad Católica en los Estados de Flandes”. Con ese título se le dedicaba en 1646 la primera edición del libro de *La vida y hechos de Estebanillo González*, escrito por un “hombre de buen humor” que además de presentarse como criado antiguo del general italiano no desaprovecha ocasión para convertir a su amo en personaje y testigo de la “relación verdadera” de los hechos de su vida. Una dedicatoria, pues, distinta de las habituales y que nos lleva a la pregunta directa de qué tipo de mecenazgo fue el que ejerció, o podía estar interesado en ejercer, un Ottavio Piccolomini que, hasta donde sabemos, nunca escribió de mano propia una línea en lengua española.

La personalidad de Piccolomini como *amateur* de las artes es bien conocida. Las armas no le embotaron, a lo que parece, el gusto por la pintura, los buenos tapices y otros objetos suntuarios⁸. Además de ser patrono y benefactor de una de las más antiguas iglesias barrocas que se conservan en Viena y que destinó para su enterramiento particular, encargó y acumuló en su castillo de Nachod cuadros que no son sólo representaciones de su persona y sus victorias⁹; sorprenden, por ejemplo, los cuadros de flores (obra de Seghers o su escuela) que coleccionó con pasión obsesiva a juzgar por los que empapelan literalmente una de las salas del castillo. En el campo de las letras, coleccionaba, al menos, los

⁸ Cf. J. BLAZKOVÁ y E. DUVERGER, *Les tapisseries d'Octavio Piccolomini et le marchand anversois Louis Malo*, St. Amansberg, 1970. Se transcribe la correspondencia y cuentas a propósito de la compra de más de 40 tapices. Figura aquí también una lista de los encargos de pinturas de batallas y otros géneros realizadas para Piccolomini por el pintor P. Snayers (p. 53).

⁹ Y no es que éstos escaseen; cf. un intento, no completo, de catálogo de retratos, cuadros de batallas, grabados y esculturas que representan a Piccolo-

elogios poéticos que le dirigían y poseía una biblioteca en la que no faltan los libros españoles. No rehuía tampoco la compañía de la gente de pluma y se prestaba a juegos de ingenio de los que es muestra un discurso del poeta áulico de Melo, anterior gobernador de Flandes. Herrera Sotomayor compuso un escrito “defendiendo que en una dama es más culpa el no ser buena que alabanza el ser hermosa” y lo dirige a Piccolomini porque “habiéndome mandado V. E. discurrir sobre este punto y conociendo su cortesanía, más por el ejercicio de ingenio que oposición de competencia, diré lo que se me alcanzare, sujetándolo todo a su gran discurso”¹⁰. Sin embargo, una cosa era estimular discreteos de ese género y otra muy distinta aceptar que la autobiografía de un personaje poco recomendable saliera impresa con una flamante dedicatoria, el escudo de armas al frente con enumeración de todos sus cargos y títulos nobiliarios, y con un retrato del criado y autor grabado por el mismo artista —Lucas Vosterman— que había trabajado para Piccolomini y realizado, también, su retrato.

Las dedicatorias de libros, y los elogios anejos, suponían obligaciones recíprocas por parte del destinatario y que en sus términos reales no se cifraban, claro está, en la expresa y tópica tarea de “defender” el libro contra ataques de críticos maldicientes. Estebanillo deja bien claro qué es lo que espera de Piccolomini: su licencia como bufón y una “ayuda de costa” para instalarse en Nápoles. Lo que el general obtenía a cambio entra, parece, en cauces más clásicos: el halago a su vanidad. Sin embargo, la presencia tan marcada de Piccolomini en la obra, que desborda con mucho a los ditirambos previsibles de la dedicatoria, llevó a Marcel Bataillon justificadamente a suponer que las implicaciones del elogiado en la composición y publicación del libro eran de orden distinto a las que en la época solían vincular al autor y a la persona que se tomaba por mecenas. Para Bataillon, de lo que se trata es de una burla, urdida en la pequeña corte flamenca del duque de Amalfi, que convertiría al *Estebanillo González* en una obra escrita en clave de farsa por alguien cercano al propio duque y en la que serían ficticios tanto la autobiografía picaresca como su confesado autor¹¹. Creemos demostrado ya que ni el personaje ni la biografía que se contienen en el *Estebanillo* son ficticios, aunque

mini, en el trabajo de C. LIST, “Eine Büste des Octavio Piccolomini”, *Beiträge zur Kunstgeschichte F. Wickoff gewidmet*, Wien, 1903, pp. 163-170.

¹⁰ “Al Exmo. Sr. Duque de Amalfi y por su obediencia, D. Jacinto de Herrera Sotomayor, defendiendo...”, B. N. M., ms. 11.137, ff. 37-45.

¹¹ M. BATAILLON, “Estebanillo González, bouffon «pour rire»”, en *Stud-*

no responde a la realidad la presentación de la obra como autobiografía “auténtica” en la que coinciden el personaje y el autor¹². Aquí nos interesa ahora examinar la concepción de la génesis del libro en cuanto burla privada.

2. EL “MESÍAS” DE FLANDES. ASCENSO Y CAÍDA

La exploración de la historiografía contemporánea y de los fondos documentales de archivo referentes a Flandes nos persuade de que, al patrocinar de un modo u otro la publicación de un libro en 1646, Piccolomini se hallaba acuciado por problemas vitales para su carrera militar y personal que hacen difícilmente viable la suposición de que estuviese dispuesto a oficiar de mecenas de una obra sin más finalidad que el regocijo de sus amigos íntimos. Sólo nos cabe aquí exponer en resumen una argumentación cuya prueba detallada requeriría excesivo espacio.

Piccolomini se había hecho cargo en 1644 del mando supremo de las armas en los Países Bajos. Se trataba de una innovación importante en el gobierno de Flandes, donde el mando militar había estado siempre subordinado al civil, si es que no había coincidido en una misma persona. Para llegarse a esta situación habían precedido cinco años de negociaciones laboriosas, iniciadas después de la batalla de Thionville, pero basadas también en la historia anterior. La presencia de Piccolomini en Flandes, desde 1635, se había asociado siempre con éxitos militares, y a medida que la coyuntura fue volviéndose desfavorable para los Austrias fue creciendo la añoranza por el general de la buena estrella. Desde su ausencia, en 1639, fueron alimentándose unas esperanzas que pueden calificarse de mesiánicas (y “Mesías” se le llamará en el *Estebanillo*, II, p. 52), cifradas en su “fortuna” y dotes personales, de cara al mando militar de las “provincias obedientes”. En esas esperanzas coincidían gentes del país, burócratas, eclesiásticos y el propio gobierno de Madrid, que por boca de Olivares se había expresado ya en términos bien elocuentes cuando el general no había abandonado aún Flandes: “A Piccolomini con-

ies in Spanish literature of the Golden Age. Presented to Edward M. Wilson, ed. R. O. Jones, Tamesis Books, London, 1973, pp. 25-44.

¹² Cf. la introducción a la nueva ed. de *La vida y hechos de Estebanillo González* realizada por A. CARREIRA y J. A. CID, Cátedra, Madrid, 1989, y los trabajos de J. A. Cid allí mencionados. Las referencias de página al texto del *Estebanillo* remiten a esta edición.

tentarle a cualquier precio, que lo merece, porque hoy sobre él respiramos”. Se intentó por todos los medios que el duque no saliera de Flandes, aunque ello supusiera hacerle arriesgar “la gracia del Emperador”, además de ciertas inevitables fricciones entre las cortes de Madrid y Viena¹³. A pesar de su ausencia se le continuaba pagando un sueldo elevado; los embajadores en Viena recibían órdenes de mantenerlo satisfecho a toda costa, y se contaba con él para hacer levas militares en Polonia, para llegar a acuerdos con los príncipes rebeldes en Francia, o simplemente para influir en contra de la política pacifista de algunos ministros del Emperador.

Tras la muerte del cardenal Infante, en 1641, se le extendió el nombramiento de “General de las Armas”, pero sus vacilaciones de última hora y los éxitos iniciales del gobernador interino, don Francisco de Melo, dejaron el título sin efectos prácticos. Llegamos así a Rocroy, mayo de 1643; en España se consideró imprescindible la presencia de Piccolomini para enderezar la situación; se accedió a sus condiciones, nada fáciles de satisfacer, y tras una estancia prolongada en Zaragoza el general embarca en San Sebastián y llega a Flandes en mayo de 1644. En esa campaña, ya iniciada, no abundaron las ocasiones de lucirse; por contra, se perdió una plaza de la importancia de Gravelinas, pero los malos

¹³ Cf., por ejemplo, en una carta de Felipe IV al cardenal Infante: “Déjame solamente desconsolado el desahuciar los intentos con la ida de Piccolomini, porque si bien se han de hacer las mayores diligencias para haber a él y a sus tropas, o a él, que vale muchas tropas, os diré que es menester bracear, porque no está en manos de Alemanes el acabar con nosotros” (c. julio de 1639, descifrado de M. de Salamanca, AHN, E., lb. 971). Y en un voto del Conde Duque en el Consejo de Estado: “Yo no veo para hoy ningún remedio que pueda llegar a tiempo, pues ninguno es poderoso a ir y negociar la detención de Piccolomini [...] Y a Piccolomini compralle a cualquiera precio para antes de la primavera, aunque se le deje andar en Alemania dos o tres meses, si se ha ido, para que mejore aquellas cosas, no pudiendo Su Majestad Cesárea quejarse ni de él, que haga su fortuna, ni de nosotros, que busquemos nuestro remedio, tanto más cuando vemos que el Emperador ni mira por sí ni por nosotros, sino que al paso que va nos perderíamos todos si nos dejásemos llevar” (Consulta del 23-X-1639, AGS, E., lg. 2054). El voto de Olivares pasó casi literalmente a una carta del rey a su hermano donde, entre otras órdenes, se le decía: “Conviene mucho que para la primavera se negocie a Piccolomini y sus tropas, y cuando no se puedan las tropas, a Piccolomini con las demás que se puedan hacer, sin dejar por ningún precio la persona de Piccolomini, y será bien (y así os lo ordeno) que ni un real mandéis dar a las tropas alemanas de lo que se les debía, por su marcha” (Carta al cardenal Infante del mismo 23-X-1639, AGS, E., lg. 2054).

sucesos podían achacarse con facilidad a la herencia recibida y el prestigio de Piccolomini no sufrió menoscabo. El cronista Vincart finalizaba su relación anual dando cuenta de las esperanzas que se ponían en las operaciones del año entrante, cifradas, desde luego, en el nuevo general:

Todo el país se declaró ser muy contento con la elección que Su Majestad había hecho [. . .] de la persona del señor duque de Amalfi para gobernar sus ejércitos en la mala coyuntura que estaban las cosas de la guerra, esperando que Dios continuará la felicidad que siempre ha tenido con las armas de Su Majestad en estos sus estados, y le dará fuerza y dicha para defenderlos de sus enemigos los Franceses y Holandeses; y los cabos y soldados del felicísimo ejército de Su Majestad se animaron mucho a servir a su rey debajo de su mando¹⁴.

El texto es en todo concorde con las informaciones que proporciona la correspondencia del gobernador Castel Rodrigo y la de toda una serie de personajes de inferior rango. Los preparativos para la campaña venidera son elogiados por todos, y Vincart deja constancia de los nuevos honores concedidos al duque, como la orden del Toisón y la fastuosa ceremonia celebrada con ese motivo:

El domingo después de los Reyes le fue por orden de su Majestad conferido al señor Duque la orden del Tussón en la capilla de palacio, a la cual fue acompañado de todos los caballeros de la corte y cabos del ejército, con tanto splendor que muchos decían jamás haber visto tal acompañamiento. Llegado el señor Duque en la capilla fue celebrada la misa con gran solemnidad, asistiendo a ella el señor marqués de Castel Rodrigo con los príncipes, marqueses y grandes señores; la cual acabada, el conde de Isemburque, deán y más antiguo caballero de la orden, puso al señor Duque el collar del Tusón con las ceremonias ordinarias [. . .] Las cuales ceremonias acabadas, todos acompañaron otra vez al nuevo caballero hasta la casa del dicho conde de Isemburque, donde dicho conde hizo un banquete al nuevo caballero [. . .] y de allí acompañaron al se-

¹⁴ J. A. VINCART, *Campaña y año de 1644*, ed. P. Henrard, en *Collection de Mémoires relatifs à l'histoire de Belgique*, Bruxelles, 1869, t. 30, p. 140. Ya antes, la noticia del nombramiento de Piccolomini inspiraba al cronista comentarios entusiastas (pp. 16 y 22), en especial su llegada a Bruselas: "Fue muy bien recibido del señor marqués de Tordelaguna y de todos los caballeros de la corte y generales del ejército de su Majestad, con grandísima honra y regocijo del pueblo de Bruselas".

ñor Duque hasta su casa, con gran contento y aplauso del pueblo de Bruselas que Su Majestad había hecho al señor Duque esta honra y merced¹⁵.

Con el principio de la campaña de 1645 llegaba, al fin, para Piccolomini el momento de corresponder a la confianza depositada en él durante tantos años. Los resultados, sin embargo, no pudieron ser más decepcionantes. Las campañas que dirige el duque en 1645 y 1646 son para españoles y flamencos una sucesión de desastres que dejan a las provincias en la situación más desesperada que se había conocido. Ciertamente que no todo era responsabilidad del general; la carencia de recursos se había acentuado hasta límites insoportables¹⁶, y, por otra parte, Piccolomini había visto cómo muy pronto empezaron a recortarse sus atribuciones, hasta convertir su mando en algo casi puramente nominal. Los gobernadores de las plazas no le obedecían: en Bruselas se hacía caso omiso de sus planes de campaña; el ejército del duque de Lorena, que sumaba la mitad de las fuerzas de que se disponía, estaba sometido a las veleidades de su jefe y rara vez se prestaba a colaborar en una estrategia común, etc. En todas esas cuestiones insistía el general a través de una asidua correspondencia con Madrid. Pero al Consejo de Estado llegaban también noticias de terceros que culpaban claramente a Piccolomini de todos los males. El desencanto era general; en unos meses se habían perdido Mardyck, Bourbourg, Béthune, Saint Venant, Cassel, Lillers, Armentières, Lens, Hulst. . . , sin ofrecer apenas resistencia. Piccolomini —decían los informes— había permanecido inactivo, sin atreverse a socorrer ninguna de las plazas por temor a desamparar las demás. Según una carta de Mazzarini a los generales franceses, interceptada y traducida: “De diferentes partes de Flandes se avisa que el terror de allí es tan universal que no hay plaza, por grande que sea, que no se rinda llegando a ella con el ejército, y así tendría por conveniente dejarse ver en las más partes que fuese posible”¹⁷.

De los resultados de la campaña de 1645 da idea exacta una

¹⁵ J. A. VINCART, *Campaña y año de 1644*, pp. 162-164.

¹⁶ Véase el siguiente párrafo de una carta de Castel Rodrigo: “Amalfi está desesperado viéndose sin blanca para su sueldo ni para el ejército; Lamboy grita por dinero; [El duque de] Lorena no ha recibido la paga que le habíamos ofrecido. . . .” (agosto 1645, AHN, E., lb. 975).

¹⁷ La carta, dirigida a Gassion y Rantzau, es del 3 de septiembre de 1645 (AGS, E., 2.064).

consulta del Consejo en la que algunos de los votos se manifestaron en el sentido de “ganar por la mano” a los enemigos y abandonar Flandes a su suerte mediante una concesión de independencia; se evitaría así, al menos, ver perderse poco a poco unos territorios que sólo podrían mantenerse unos meses más. El texto merece reproducirse en extenso:

Señor: cosa es del mayor sentimiento y dolor para los ministros y vasallos de Vuestra Majestad proponer, ni aun insinuar, ningún medio en que se pierda almena ni palmo de tierra de su Monarquía; cuanto y más el resto que ha quedado de Provincias tan preciosas y que han costado tantos millares de vasallos de Vuestra Majestad, españoles y de otras naciones, y del Imperio y casa de Austria; y tal número de millones del que ha venido de las Indias y del que se ha sacado de Castilla (que se puede dezir que casi todo se ha consumido en eso). Y si esta relación, aunque tan fúnebre, es cierta, menester es (Señor) pensar en algún modo de expediente que dé aliento y fuerza para conservar lo que ha quedado en la Monarquía de V. Md. y que dé lugar a poder tratar de recuperar lo perdido dentro de España, que eso es lo que ha de hazer a V. Md. más poderoso, y lo que ha de abrir puerta con el tiempo y las ocasiones a que V. Md. y el Príncipe nro. Señor y sus subcesores no sean menos poderosos que lo han sido su padre, abuelo, bisabuelo y rebisabuelo.

Y no es cosa nueva en el mundo las declinaciones de las monarquías. Muchos exemplos lo podrán comprobar —que su narración no es de la brevedad deste voto que se va dando en el Consejo—. Y, en efecto, vemos que los cantones de esguízaros salieron con su libertad, y las Provincias rebeldes; y, si las [Provincias] obedientes están en términos de haberse de temer que hagan lo mismo, pone el conde en consideración a V. Md. (no para votarlo deçesivamente sino para que V. Md. con su prudencia repare en ello y mande que se confiera) si será bien ganarles por la mano. Y las utilidades que dello se pueden seguir son cinco: la primera, que con esa resolución no se acrecientan las fuerzas de holandeses ni de franceses, que al passo que ahora va, y con el acuerdo que entre sí tienen tomado, es forzoso que los unos y los otros se augmenten. La segunda, que V. Md. se alivie de todo el gasto que se hace en Flandes, que en términos ordinarios de principal, trueques de moneda, conducciones, intereses y adehalas, serán cinco millones poco más o menos, y subirá de ahí lo que se imbiare de extraordinario, como en el Consejo de Hacienda se podrá saber¹⁸. La tercera, que es mejor

¹⁸ Sobre esta segunda “utilidad”, recuérdese que el presupuesto total de gastos de la monarquía ascendía, para 1646, a 12 700 000 ducados, y que pa-

que corra por mano de V. Md. que por la suya [de los flamencos] si la neçessidad les obligare a ello. La cuarta, que como esto es minorar el poder de España, tan temido en el mundo, sin aumento de franceses ni de Holanda, todos los príncipes libres de Europa lo abrazarán y aplaudirán [...]¹⁹

Otra consulta hablará de abandonarlo todo sin más, “hasta mejor ocasión”, y evacuar las tropas de españoles, italianos y alemanes para reforzar con ellas los ejércitos de la Península. Ya hemos indicado en otro lugar por qué no podía ser esa la decisión de Felipe IV²⁰, y en el propio Consejo de Estado hubo opiniones menos pesimistas; todos coincidían, sin embargo, en que jamás se habían visto los españoles en Flandes ante una situación (una “coyuntura”, en su sentido propio) tan desesperada. En tales circunstancias se imponía la búsqueda de un culpable. Ninguno tenía, por razón de su cargo, mayores responsabilidades que Piccolomini; y a él se dirigen, unánimes, las recriminaciones. Veremos sólo algunas de las muchas alusiones que podrían aducirse.

El conde de Peñaranda, de camino hacia Munster, informa ya desde Bruselas con comentarios reticentes, pese a que los malos sucesos no han hecho más que empezar: “La bondad y sinceridad del Duque de Amalfi también es muy de estimar, pero no creo que la capacidad de éste sea bastante para lo que hay que hacer aquí”²¹.

Más adelante los juicios son menos moderados:

No es creíble, señor excelentísimo, cuán confusos y absortos están todos los hombres de juicio; todos convienen en que al señor Duque de Amalfi le falta el tino de cómo aquí se debe hacer la guerra. En nada huelgan las lenguas de los maldicientes²².

Parece que el Duque de Amalfi —como al Marqués se lo escriben— no ha entendido la guerra este año, pues no ha costeado el ejército del enemigo procurando estorbarle sus disignios, y ha-

ra cubrirlos se contaba con poco más de 3 250 000. Cf. A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Política y hacienda de Felipe IV*, Derecho Financiero, Madrid, 1960, pp. 66-67.

¹⁹ Voto del conde de Chinchón, en consulta del Consejo de Estado, noviembre de 1645 (AGS, E., 2063).

²⁰ Cf. J. A. CIB, “La Europa de Estebanillo González y la Monarquía hispánica” (1989), en prensa, e incorporado, en versión abreviada, como parte de la introducción (§ 1) de nuestra edición.

²¹ Carta del 1 de junio de 1645 (AGS, E., 2.063).

²² Carta de Antonio Sánchez de Taibo al marqués de Velada, Bruselas, 9-IX-1645 (Coll. E., Favre, Genève, ms. vol. 40).

biéndose separado tantas veces no ha peleado con ningún cuerpo, siendo inferiores de buena razón los franceses divididos, teniendo [Piccolomini] a los principios desta campaña tan gran ejército²³.

V. S. no se canse en escribirme los sucesos de ahí, que son tales que tienen más coronistas de los que quisiéramos²⁴.

Peor habrían de ponerse las cosas para el Gobernador de las Armas en enero del año siguiente. Castel Rodrigo había enviado un emisario a Madrid, fray Marceliano de Barca, con una instrucción secreta para atacarlo manifiestamente de incapacidad y lograr su destitución:

Habló en el juicio que en Flandes se ha hecho el año pasado de la capacidad del Duque de Amalfi, sin tocar en la parte del celo ni del valor, porque en esto siente bien, pero de la sustancia del talento y disposiciones para llevar sobre sí peso tan grande como el de toda aquella guerra parece que algunos no lo juzgan por suficiente, a lo menos por la observación de los sucesos deste verano²⁵.

Las formas palaciegas del fraile, o de quien transcribió sus informes, pueden oscurecer las intenciones de la comisión de Castel Rodrigo. Pero un corresponsal de éste indica llanamente que “se había entendido que el padre Barea iba a España contra el Duque de Amalfi”²⁶. Las declaraciones del agente vinieron a llenar las medidas y en una consulta del 23 de enero de 1646 se daba la destitución de Ottavio Piccolomini como cosa hecha. Uno de los votos más explícitos, el del conde de Monterrey, decía lo siguiente:

Desgracia viene a ser, y aun falta de crédito en las resoluciones, la mudanza de los cabos en los ejércitos; y aunque de la cabeza y gobierno del Duque de Amalfi nunca oyó grande espectación véle el conde [de Monterrey] elegido en compañía del Marqués de Castel Rodrigo, y aunque los sucesos desta campaña le tienen desacreditado por no haber intentado obrar algo [. . .] no deja de reparar algo en la mudanza deste sujeto [. . .] Pero supuesto que en este

²³ Voto del Marqués de Santa Cruz en consulta del Consejo de Estado, 22-XI-1645 (AGS, E., 2.063).

²⁴ Carta del duque de Terranova a Miguel de Salamanca, Linz, 1-XII-1645 (AHN, E., lb. 983).

²⁵ Consulta del 12-I-1646 (AGS, E., 2.065).

²⁶ Carta del cardenal de la Cueva al marqués de Castel Rodrigo, Roma, 27-I-1646 (AHN, E., lg. 146).

punto de mudar al Duque de Amalfi por los fundamentos que vienen votados [. . .] pone a Vuestra Majestad el conde en consideración que para deponer a Piccolomini con mayor pretexto podría volverse a la plática del señor Archiduque Leopoldo, (*puesto que si se nombraba a éste Gobernador de Flandes*) el Duque Piccolomini no cabe en este caso con el señor Archiduque, pero tendrá más calor para venir a España, y de otra manera juzga que depuesto de lo que hoy ejerce en Flandes no vendrá por acá [. . .]

El segundo punto que toca a los cabos para la campaña venidera, en que también entra el mando mayor por las desconfianzas con que se hallan así los países como el ejército de Vuestra Majestad, en que concurren todas las relaciones, conformes de la poca salida que ha hecho el Duque de Amalfi esta campaña pasada, descubriendo (si bien hartó valor) corta capacidad para manejo tan grande, de manera que la experiencia ha mostrado su falta de resolución total, y a esto es forzoso que se siga la poca estimación que hacen de su persona; demás desto el Marqués de Castel Rodrigo reconoce por inútil a este caballero para servir en aquellos estados, y ya han comenzado a desunirse y no tener la conformidad que conviniera [. . .]

Reconoce el conde que es forzoso sacar de allí al Duque de Amalfi con algún pretexto, y entiende que la máquina de Flandes es tan grande que si bien se ha ahogado en ella este sujeto, en otra parte que la hubiese menor sería de provecho, y en donde no concurriesen tantos negocios de Estado que suelen embarazar el obrar²⁷.

El punto de vista de Monterrey fue aceptado por el Consejo. A las consideraciones de Barea, Monterrey y varios otros, vino a sumarse inesperadamente una carta escrita por el propio Piccolomini, en la que manifestaba su voluntad de renunciar al cargo. Su decisión la justificaba por las atribuciones concedidas al duque de Lorena y que, de hecho, le dejaban sin mando efectivo:

Y porque la experiencia ha enseñado cuán dañoso es *no depender la dirección de la guerra de una sola cabeza*, particularmente en estos estados, *todas las veces que el Duque de Lorena se encargare de las Armas contra Francia, hallo mi puesto superfluo, pareciéndome que encargándole tanto se le encargue todo*, a fin que la dilación en el obrar no haga pender las conjuncturas y que en los inconvenientes que sucedieren, que Dios no quiera, *el un cabo no pueda echar la culpa al otro*, como ha acontecido esta campaña²⁸.

²⁷ AGS, E., 2.065.

²⁸ Piccolomini a Felipe IV, Bruselas 30-XII-1645, recibida el 24-I-1646, los párrafos en cursiva escritos en cifra (AGS, E., 2.065).

En una junta del Consejo, pocos días después, se recogían ya estos argumentos, unidos a los anteriores:

El Duque de Amalfi con los sucesos de la campaña pasada, con las desconfianzas que ha habido entre los que han mandado, mal podrá ser de provecho allí. Tanto más escribiendo a Vuestra Majestad que no es allí necesaria su persona con el ajustamiento que se hace con el Duque de Lorena.

En consecuencia, se aconsejaba al rey

Que desde luego se dé orden para que cuanto antes fuere posible venga a España el Duque de Amalfi así porque ya respecto de lo referido en Flandes no será de ningún provecho, sino antes de embarazo, como por la necesidad que hay acá de sujeto como él para el gobierno de uno de los ejércitos de Badajoz o Cataluña²⁹.

En su acotación autógrafa a la consulta, Felipe IV manifestaba su conformidad a ordenar la inmediata venida de Piccolomini a España. Todavía se habrían de guardar las formas, atendiéndose a que el duque mostraba “algún sentimiento” en su carta, y a que no interesaba perder sus servicios. Con poca dilación, el 4 de febrero, se enviaron cartas a Castel Rodrigo y a Piccolomini encargando al marqués el gobierno total de Flandes y la venida del segundo a España. Es fácil imaginar la reacción que produjeron estas cartas en Bruselas. Piccolomini no había contado en ningún momento con abandonar los Países Bajos, y su carta de “dimisión” no debe tampoco entenderse, visto el curso de los acontecimientos posteriores, como una renuncia real sino como una forma de presionar para que en España reparasen en los riesgos que traía encargar al duque de Lorena el mando del ejército contra Francia.

Un funcionario siempre influyente como Miguel de Salamanca sintetizaba bien, desde Bruselas, las razones que se oponían a la destitución de Piccolomini:

Sólo diré que la resolución que su Majestad se ha servido de tomar de mandar que el Duque de Amalfi pase a España ha de traer gravísimos inconvenientes a su servicio, y que quien allá lo propuso sin duda tiene menos noticia de las cosas de la guerra de lo que conviene; pues aunque parezca que el Duque no tenga la capaci-

²⁹ Consulta del Consejo de Estado, 28-I-1646 (AGS, E., 2.065).

dad necesaria para todo espejo del gobierno de las Armas, no hay otro que la tenga mayor, y su valor y reputación en el mundo es grande. Del Duque de Lorena se debe tener poquísima seguridad en su perseverancia, el Barón de Beck tiene poca salud con que se reconoce la falta que hará el Duque yéndose también el conde de Fuensaldaña. Y cuando se quisiera encargar el gobierno de todo al sr. Marqués [de Castel Rodrigo], se pudiera haber dejado al Duque el gobierno de las armas y dándole al Marqués el título de Capitán General, como lo tuvo el Marqués de Tordelaguna; y ahora se halla harto embarazado el Marqués.

Y aseguro a V. E. que no se debe reparar poco en el tiempo que ha que se solicita que el Duque pase a este servicio, y sacarle de él es quitarle totalmente la reputación y perderle, siendo un hombre de mejor corazón, de más fidelidad y amor al servicio de su Majestad de cuantos he visto en mi vida [. . .] Y no negaré a V. E. que yo he sentido ver que el obrar del Duque no correspondía a las grandes esperanzas que acá había de él, y que creía que convenía darle ayuda o quitarle algo del peso, pero nunca tuve por conveniente sacarle de aquí, y más en la campaña que esperamos y que se debe temer mucho³⁰.

Por las mismas fechas escribía al rey el propio Castel Rodrigo, asustado por las consecuencias de la decisión. El marqués, político tortuoso en grado sumo, era responsable directo de ella como inductor a través de las insinuaciones transparentes de sus cartas, y sobre todo, de la comisión encargada a Barea³¹, pero ahora recogía velas. No hemos hallado su carta, escrita el 17 de marzo, pero sí la respuesta del rey y por ella conocemos la impresión producida en el general italiano por la orden de destitución:

El error de haberse entregado mi carta, en que llamaba para acá al Duque de Amalfi (estando vos en propósito de no le dejar venir), fue azar harto considerable y a mí me ha desplacido mucho el disgusto y accidente que le ocasionó en la salud. Pero huelgo de ver que juzgándole vos por necesario ahí le tuviédeses reducido a no partirse³².

³⁰ Carta de M. de Salamanca al conde de Castrillo, Bruselas, 16-II-1646 (AHN, E., lb. 964, ff. 324-325).

³¹ Ya en la carta antes citada de junio de 1645 escribía el conde de Peñaranda: "El Marqués estima como gran sacrificio el no tomar parte ninguna en las cosas militares, mas sujetar toda la autoridad y mano de su gobierno al arbitrio del Duque de Amalfi".

³² Felipe IV a Castel Rodrigo, 18-IV-1646, minuta en AGS, E., 2.254, y copia del original, descifrado, en AHN, E., lg. 1.411.

Así pues, la resolución fue revocada apenas se había publicado. Castel Rodrigo había hecho, efectivamente, muy apretadas instancias a Piccolomini para que permaneciese en Flandes, y éste se apresuró a aceptar³³. La noticia de la destitución, sin embargo, ya había trascendido y en todas partes se consideraba definitiva. Incluso desde Roma se hacía eco de ella el cardenal de la Cueva en una erudita carta a Castel Rodrigo:

No sé si Piccolomini hará ahí mucha soledad según lo que se ha visto del año pasado, y V. E. tendrá gran causa para rehusar el gobierno de esas armas por haberle puesto de manera los yerros y faltas de tantos años que perdieran el tino los dos Scipiones Affricanos y Quinto Fabio Máximo, y así no hará poco V. E. en proveer lo necesario para que otro haga la faena, y aunque es tan notorio que el mal viene de muy atrás siempre se achaca toda la culpa al que gobierna cuando se pierden las cosas³⁴.

Piccolomini accedía a quedarse en Flandes y confiaba, entre tanto, en que la llegada a Madrid del conde de Fuensaldaña, jefe militar muy afecto a su persona, pondría en su punto las verdaderas responsabilidades de los desastres pasados, como insiste una y otra vez en sus cartas al rey y al secretario Coloma³⁵. Pero sus atribuciones quedaban muy mermadas y reducidas a dirigir la guerra en la frontera con Holanda.

No hemos de entrar en los sucesos de la campaña de 1646, más desdichada, si cabe, que la del año anterior, porque sólo en parte pudieron ser conocidos y tenidos en cuenta por el autor del

³³ Cf. cartas de Piccolomini al rey y al secretario P. Coloma de los días 12 y 15 de abril y 12 de mayo de 1646 (AGS, E., 2.065).

³⁴ Carta del 31-III-1646 (AHN, E., lg. 1.153). Tres semanas después, otro corresponsal de Castel Rodrigo escribía también desde Roma enterado ya de que Piccolomini permanecería en Flandes: "Huélgome mucho que el sr. Duque de Amalfi se haya resuelto a no nos dexar esta campaña" (Carta del cardenal Albornoz, 21-IV-1646, *ibid.*).

³⁵ Cf., por ejemplo: "Me ha sido de gran consuelo el ver que Su Majestad conoce y agradece en su real clemencia y bondad mi celo y fineza en su servicio, que esto sólo me hace pasar por cosas que pocos harían, *pero quisiera que todo esto fuera para mejor, y plegue a Dios que salgan falsas las profecias generales desta campaña*. Yo no entro en lo individual destas materias con Su Majestad ni con V. S., pues en breve partirá de aquí el conde de Fuensaldaña [. . .], el cual podrá hacer larga relación de lo presente y lo pasado a Su Majestad. En cuanto a mi quedada aquí, me conformaré siempre con lo que mandare Su Majestad y permitiere mi reputación" (Piccolomini a P. Coloma, Bruselas, 12-IV-1646, AGS, E., 2.065, en cursiva lo cifrado).

Estebanillo. Baste indicar que en el curso de ella los clamores contra Piccolomini fueron creciendo ya sin atenuantes y que al final su persona no sólo era considerada “superflua” sino totalmente indeseable.

Antes de que se llegara a ese estado de cosas, cuando todavía se dudaba en llamarlo o no a España, había ocurrido otro suceso que hubo de agravar su ya precaria situación. El apocalíptico cardenal de la Cueva lo refiere a su modo y muestra, de paso, que la misma lealtad del duque de Amalfi era cuestión sometida a duda por algunos:

Paréceme cosa de mucho cuidado lo que me dice V. E. del Duque Piccolomini, junto con la fuga del sobrino del Duque a Francia con el ingeniero florentín plático de nuestras plazas; y con menores indicios se podría prender a algún otro, y aun ponerlo a cuestión de tormento. Y yo soy de opinión que el descrédito en que estamos generalmente es bastante a envilecer y entorpecer a muchos valerosos y atentos³⁶.

3. EL *ESTEBANILLO GONZÁLEZ* COMO APOLOGÍA

Tras esta rápida excursión por los avatares profesionales de Piccolomini, hay que dar por sentado que su prestigio como militar victorioso se había hundido ya en los últimos meses de 1645. Si se advierte, por otra parte, que las fechas de las cartas y consultas se han ido aproximando al momento de la publicación del *Estebanillo*³⁷, es forzoso extraer algunas conclusiones. No es creíble que una persona ligada a Piccolomini ignorase su situación de total descrédito a principios de 1646, y es inverosímil que el duque de Amalfi patrocinase la edición de un libro con el único objeto de regocijar a sus amigos íntimos.

Hemos visto al duque debatirse en medio de la censura general por su forma de conducir las armas, y que se le hacía responsable principal de las derrotas y pérdidas sufridas en Flandes. Pic-

³⁶ Cueva a Castel Rodrigo, Roma, febrero de 1646 (AHN, E., lg. 1.146).

³⁷ El privilegio y la aprobación están fechados el 28 de junio de 1646. *Estebanillo* dice que estaban tirándose los últimos pliegos del libro cuando llegó a Bruselas la noticia de la muerte de la emperatriz. Ello ocurrió el 13 de mayo, y el correo de Viena llegaría hacia el 20. Siempre según *Estebanillo*, la idea de escribir el libro la tuvo en Bruselas, adonde llegó el 15 de febrero, después de haber permanecido allí algún tiempo. La redacción de la obra habría llevado un plazo muy breve, entre marzo y abril de 1646.

colomini, sin embargo, no admitió nunca esa responsabilidad y contaba con poder desmentir las “calumnias” tan pronto como se le escuchara. Se consideraba víctima de informaciones torcidas y llenaba pliegos con explicaciones para cada uno de sus actos, que según él aclaraban sobradamente la responsabilidad ajena y su inocencia. Tenía también puestas sus esperanzas en la embajada de Fuensaldaña, en quien vería el medio de contrarrestar los efectos de otra embajada —la del padre Barea— de consecuencias tan funestas para él.

Hay una palabra que ya ha aparecido aquí alguna vez y que vemos repetirse de modo obsesivo en la correspondencia del duque entre 1646 y 1648: su “reputación”. El tono de sus cartas adquiere entonces tintes megalomaniacos, como si tuviera a toda Europa pendiente de sus acciones³⁸. Pero se comprende que Piccolomini fuera inflexible en ese punto. Para un soldado de fortuna (y no es del todo apropiado el término de “condottiero” que le aplica Bataillon, puesto que nunca alteró sus lealtades básicas), los éxitos militares y el prestigio derivado de ellos eran el único título valedero. A esos éxitos lo debía todo este segundón de familia ilustre, desde un sueldo crecido a posesiones territoriales en Bohemia y un ducado flamante en Italia, del que todavía no había logrado la propiedad real y con unas enormes cargas financieras aún por satisfacer. Si desaparecía su crédito de guerrero se alejaban también las posibilidades de consolidar una posición tan trabajosamente adquirida.

Piccolomini tampoco podía jugar por el momento la opción

³⁸ Véase algún ejemplo: “Yo sé mis obligaciones, y a las que lo son nadie en el mundo podrá decir con verdad que he faltado hasta ahora y espero que no faltaré jamás. Que me quieran prohiar obligaciones que no lo son, por quitarlas a otro, ni es razón ni yo lo sufriré, antes daré a entender a Su Majestad y al mundo todo mi proceder con sólo hacerles saber la verdad de lo que pasa, sin otros artificios, pues no hay quien no sepa la persona que yo aquí hago, y lo que puedo y a lo que estoy obligado a responder” (Piccolomini a M. de Salamanca, 2-VII-1646, AHN, E., lb. 960, f. 133). “S. A. de Lorena se ha encargado de la guerra contra Francia. Yo cedí en esta parte mi autoridad, y no hay quien no sepa esto en lo más de la Europa, ni habrá hombre de juicio que piense ser posible que se compadezcan estas cosas siguientes: encargarse de la guerra y no haber de mandar, haber de decir sólo su parecer y que otro mande por él. ¿Qué mayor monstruosidad se puede imaginar que esta, y que no sólo sea lícito el pensarla pero el pretenderla, y que la aprueben y tengan por bien hombres de razón? etc.” (Piccolomini a Salamanca, 1-VII-1646, AHN, E., *ibid.*, f. 135). Son varias las cartas que hablan específicamente de calumniadores o informes apasionados que se habían hecho contra él en Bruselas y en Madrid.

de volver al servicio de los alemanes. Además de que la política de Trauttsmandorf, nuevo privado del emperador, era hostil a colocar extranjeros en los puestos de mando, es claro que a nadie podía interesarle contratar a un derrotado. Que el duque no disponía por el momento de la carta alemana, aunque intentó jugarla, es evidente por el curso de los hechos inmediatos. Mediada la campaña de 1646, Piccolomini, considerándose vejado por todos e indignado de que se le achacasen fracasos ajenos, pidió licencia para retirarse al imperio con la excusa de atender negocios que requerían su presencia en la corte cesárea. Una vez concedida, sin embargo, no hizo uso de ella y, alegando inconvenientes varios de pasaportes, falta de salud o de medios, permaneció en Flandes todo el año de 1647. Su estancia creó múltiples problemas al gobierno de Madrid, que ya se había apresurado a nombrar sustituto para las funciones del duque; éste decía no poder permanecer ocioso, por razones de “reputación”, y se aferraba al cargo. El Consejo de Estado advirtió que los motivos alegados no eran sino pretextos³⁹, pero no hallaba expedientes para librarse de la presencia de un jefe que ya molestaba a todos. Se le hicieron repetidas instancias para que usase de su licencia⁴⁰; se llegó, incluso, a escribir al emperador para que llamase al duque a dirigir alguno de sus ejércitos. Todo inútil: Piccolomini hubo de ser reinstalado en su oficio, y en él continuó hasta que, ya en 1648, el nuevo gobernador de Flandes le dio a entender con toda claridad que su persona y su oficio sobaban⁴¹. A lo largo de ese año y medio el duque había buscado, sin fortuna, el éxito militar que le redimiese, y mientras escribió carta tras carta justificando sus acciones del pasado y cargando las culpas en las espaldas de otros, particularmente en las del duque de Lorena.

En suma, si Piccolomini abandonó Flandes fue muy a su pesar y sólo después de haber agotado todos los medios para evitarlo. Al regresar al Imperio lo hizo como simple particular (“ohne

³⁹ Cf. consultas del 4 y 7 de abril de 1647 (AGS, E., 2.067). Según T. M. BARKER (art. cit., p. 358), a fines de 1646 hubiera podido el duque regresar a Austria como segundo jefe del ejército, noticia que no encuentro confirmada en ninguna fuente española y de la que nada se dice tampoco en una extensa biografía apologética redactada en vida de Piccolomini (“Ottavio Piccolomini, k. k. General-Lieutenant”, *Oestreichische militärische Zeitschrift*, 1821, 9, pp. 283-317).

⁴⁰ Cf. cartas del 8 de abril, y 13 y 17 de mayo (AHN, E., lg. 1.411).

⁴¹ Cf., entre otras, cartas de Piccolomini a M. de Salamanca (AHN, E., lb. 960, ff. 8-10) y a Felipe IV (AGS, E., 2.068).

eine feste Anstellung'') y sólo la muerte del general en jefe del Imperio, Melander, en mayo de 1648, hizo que la corte de Viena volviera a recurrir a los servicios del militar italiano⁴²; Piccolomini no desaprovechó la oportunidad y en pocos meses consiguió rehabilitarse.

La larga agonía del militar fracasado, en Flandes, tuvo su origen, como hemos visto, en los sucesos de la primavera y el verano de 1645. A principios de 1646 a Piccolomini todavía le quedaba algún crédito, como lo atestiguan las cartas de Miguel de Salamanca a Madrid o los votos de algunos miembros del Consejo de Estado. Y creemos muy plausible suponer que la publicación del *Estebanillo González* debe ser incluida entre los medios que el general italiano puso entonces a contribución para intentar restaurar su decaído prestigio. Un medio indirecto, sin duda, pero no por ello menos influyente y socorrido que otros, de acuerdo con las prácticas de la época⁴³.

El libro aparecía a poco de iniciarse la nueva campaña que acaso diera la vuelta a los malos sucesos del año anterior. La portada llenaba la mitad de su espacio con larga enumeración de los títulos de Piccolomini, el último de los cuales reza "Gobernador General de las armas y ejércitos de su Majestad Católica en los Estados de Flandes". Aparece después en página entera su escudo de armas, grabado con nueva enumeración de sus títulos y honores al pie. A continuación, la dedicatoria, en la que el autor asegura "no hallar otro más valiente General [. . .] ni otro más valeroso soldado" para defender su libro contra críticos mordaces, y recuerda "los laureles que V. Exc. ha ganado con admiración del orbe y espanto de los enemigos". El prólogo "Al lector" encarece las razones que hacen estimable la obra; y la primera es "ir dedicada a el más prudente General y valeroso soldado que han conocido nuestras edades". Muy convencional todo ello, sin duda, en preámbulos de esta clase; pero poner el énfasis en el va-

⁴² T. M. BARKER, art. cit., pp. 358-359.

⁴³ Dentro de la picaresca misma se ha observado, por ejemplo, que la publicación de *La pícaro Justina* estuvo condicionada por el propósito de favorecer las intenciones de encubramiento nobiliario de D. Rodrigo Calderón, cf. M. BATAILLON, "Urganda entre *Don Quijote* et *La pícaro Justina*", en *Studia Philologica. . . a Dámaso Alonso*, Madrid, 1960, t. 1, pp. 191-215; y sobre el propio autor de *La pícaro Justina*, que estuvo al servicio de poderosos señores como D. Rodrigo Calderón, a quien dedica su libro, sirviendo a sus amos de secretario factotum y, al mismo tiempo, de bufón, cf. del mismo BATAILLON, "Los asturianos de *La pícaro Justina*", en *Pícaros y picaresca*, Taurus, Madrid, 1969, p. 153.

lor militar y la prudencia del destinatario, en momentos en que tales valor y prudencia eran negados por muchos, no deja de ser un indicio; como lo es también que el título de “Gobernador General de las armas y ejércitos” de Flandes no fuera ya una realidad en el momento de escribirse y estamparse el libro.

Será, lógicamente, a partir del capítulo VII cuando el autor no desaproveche ocasión de recordar la fidelidad de Piccolomini a la casa de Austria, sus triunfos en el pasado y su celo incansable para con la monarquía católica. A poco de conocer Estebanillo al general, el narrador inventará el encuentro de su personaje con un cortesano de Bruselas con el único objeto de hacerse relatar y, de paso, referirle al lector su participación decisiva en las campañas de 1635 y 1636. Entre un cúmulo de loores donde el autor pone a contribución su nada escasa retórica, leemos:

Después de haber sido honor y gloria de Italia y Alcides del Sacro Imperio, ha sido el Mesías destes Estados, pues siempre que nos hemos visto oprimidos y molestados de ejércitos enemigos y habemos implorado su santo advenimiento nos ha sacado del caos de aflicción en que nos hallábamos; pues, en virtud de los socorros que nos ha conducido, el gobierno que ha tenido y la lealtad que ha mostrado, hoy se hallan los vitoriosos y enemigos campos vencidos, y nuestros derrotados ejércitos, vencedores [. . .] Ha sido el primer motivo y causa de haber ganado la Capela, rendido a Xateleto y conquistado a Corbí, habiendo convertido los cristales del caudaloso Soma en mar de sangre enemiga, y sus plateadas márgenes en promontorios de fogosas piras y en lilibeos de funestos despojos (II, pp. 52-53).

A la enumeración de victorias sigue un elogio de su noble sangre y la mención de su presunto entroncamiento con la casa real de Aragón, repetida poco después (II, p. 57). Se recuerdan también sus viajes al Imperio para reforzar los ejércitos de Flandes (II, p. 59), o el que, años después, “Mi amo, que siempre andaba solícito y cuidadoso en el servicio de su Majestad Católica partió de Viena [. . .] a los Estados de Flandes con un nuevo socorro de lucido ejército” (II, p. 95). Las humoradas a propósito de la batalla de Thionville no impiden dar cuenta de que “nuestro valeroso ejército (en virtud de llevar tan heroico y invencible general) apellidaba la vitoria” (II, p. 100), y las hazañas obradas ese día por el “segundo dios de las batallas” y “Hércules de Florencia” son detalladas con real unción (II, pp. 103-104); lo mismo sucede con la merced recibida del ducado de Amalfi, “estado que

fue de sus ilustres predecesores” (lo que no dejaba de ser dudoso), “en premio de tantos y tan leales servicios y en recompensa de tantos socorros y hazañas victoriosas” (II, p. 105).

No es necesario agotar las alusiones de esta clase, que evidentemente pertenecen a las “veras” del libro. Nos interesa, en cambio, llamar la atención sobre una alusión de otro tipo que aparece al principio de la obra y que está no menos directamente motivada por la realidad inmediata a la salida del *Estebanillo*. A propósito de la expedición marítima contra los turcos, en el otoño de 1621, dice el narrador que tras detenerse en Puerto Mayno las galeras no pudieron seguir adelante; y explica la causa:

Pusieron en cadena unos patrones porque aseguraron a los generales que llevaban bastimento para tres meses, no llevándolo para seis semanas, por cuyo engaño quizá se perdieron muchas victorias y se mal lograron muchas ocasiones. ¡Qué dello pudiera decir cerca desto y de otros sucesos que han pasado y pasan desta misma calidad, no sólo a patrones de galera, sino a gobernadores de villas y castellanos de fortalezas y amunicioneros y proveedores, en quien puede más la fuerza del interés que el blasón de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con el amargura de decir verdades (I, pp. 83-84).

Al incluir estas lamentaciones, cortadas una vez dicho todo lo que le importaba decir, el autor del *Estebanillo* no pensaba en la antigua expedición pirática de Pimentel y Leyva sino en sucesos mucho más recientes. Las reflexiones últimas sobre los gobernadores de villas, castellanos, proveedores, etc., son ciertamente poco apropiadas al arte de la bufa y extemporáneas en el lugar donde aparecen. Se aplicaban a la letra, en cambio, a los sucesos de la desdichada campaña de 1645 y, sobre todo, a la interpretación que de ellos daba Piccolomini.

Relata Vincart que la pérdida de Bourbourg, una de las primeras, se produjo por la rendición, inesperada y sin ataque previo, del gobernador, a pesar de que la plaza había sido abastecida por Piccolomini de todo lo necesario para su defensa⁴⁴. A esta rendición, que “l'avait complètement découragé”⁴⁵, Piccolomini vio seguirse, y por idénticas razones, las pérdidas que antes

⁴⁴ Cf. J. A. VINCART, *Relación de la campaña de 1645*, en *Codoín*, 67, p. 508.

⁴⁵ Cf. J. CUVELIER y J. LEFEVRE, *Correspondance de la cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas au XVII^e s.*, 3, Bruxelles, 1930, núm. 1, 665 (informe de Castel Rodrigo).

hemos enumerado, y su irritación subía de punto viendo “que las plazas que tenían harta gente para defenderlas se rendían tan flojamente”⁴⁶. En las mismas consideraciones abundan las cartas del duque a Madrid, unidas a quejas contra gobernadores y castellanos incompetentes, nombrados por su linaje y no por méritos de guerra.

Al adoptar los argumentos de la defensa de Piccolomini, el autor del *Estebanillo* muestra hallarse bien informado de cuál era la situación real de Flandes y su gobernador, y es lógico suponer que también él había vivido de cerca la campaña del 45, pese a que el regreso del personaje a los Países Bajos se produjera sólo a principios del año siguiente. Una alusión tan directa, sin embargo, no volverá a repetirse en la obra; el apologista prefiere en lo sucesivo adoptar la actitud del puro elogio, haciéndose ignorante de las cuestiones de alta política que afectaban tan en lo vivo al destinatario del libro, sin entrar en puntos polémicos que podrían perjudicar más que favorecer a Piccolomini. Hay, con todo, una excepción significativa en una referencia que creemos evidente a los sucesos de 1645 y 1646 y al mal papel desempeñado por el duque de Amalfi. Al relatar Estebanillo el último viaje de Italia a España, a la zaga de su amo, se nos dice:

Salimos aquella tarde de aquel puerto y, a el cabo de doce días que habíamos partido de Nápoles, llegamos a dar vista a la deseada España, sin haber encontrado en todo el camino ni enemigos que nos perturbasen ni tormenta que nos inquietase, atribuyéndolo todos, después de la voluntad del cielo, a la ventura del General [D. Pedro de Orellana, o D. Melchor de Borja], pues habiendo hecho otros tres viajes siempre había llegado a salvamento; *que no consiste en sólo tener valor el que gobierna, sino en tener dicha para conseguir sus resoluciones* (II, pp. 287-288).

El “valor” del general “que gobierna” difícilmente puede aplicarse a una travesía marítima de transporte de tropas; el autor del *Estebanillo* tenía en mente más bien la mala ventura y poca “dicha” de otro general, cuyo valor no ofrecía, según él, dudas de ningún tipo.

Al duque de Amalfi podía beneficiarle más una defensa indirecta en términos de sus virtudes militares tomadas *sub specie aeternitatis*, antes que una vindicación en toda regla, la cual habría te-

⁴⁶ J. A. VINCART, *Relación... 1645*. La frase puesta en boca de Piccolomini.

nido necesariamente que admitir que esas virtudes eran negadas o discutidas por muchos, y con poderosas razones. La propaganda, por otra parte, se hacía también a través de los silencios. Silencios elocuentes en ocasiones, pues el *Estebanillo* que, según dice su prólogo, iba destinado a dar gusto a la nobleza que residía en Flandes, es selectivo en sus menciones elogiosas de personajes relevantes. No faltan alusiones admirativas al barón de Beck, el conde de Bucquoy o el marqués de Grana, de quienes se sabe que mantuvieron excelentes relaciones con Piccolomini. También los gobernadores Melo y Castel Rodrigo, con quien el general seguía formalmente en buena armonía, son recordados en la obra en medio de toda una cohorte de militares y diplomáticos. En vano se buscará, en cambio, una sola mención del duque de Loreña, a pesar de su importancia clave en la situación de las provincias, ni vemos aparecer, entre otros, al marqués de Caracena, el jefe militar español de superior grado. Las omisiones podrían ser casuales, pero es más probable que se deban a la hostilidad que manifestaron hacia el Gobernador de las Armas. La idea que en el *Estebanillo* se obtiene de las jerarquías de Flandes es parcialmente engañosa, pero, al ignorarse la existencia de los que hacían sombra al general italiano, esa idea resultaba ser también la más favorable para la imagen de éste.

Los efectos prácticos para la “opinión” de Piccolomini que podrían haberse derivado de la propaganda que se le hacía en la novela, hubieron de ser nulos. Este medio indirecto de restaurar su reputación estaba subordinado a los resultados de la campaña de 1646; si no obtenía la rehabilitación por medio de las armas, eran inútiles todos los demás esfuerzos. Sabemos ya que en esta campaña los resultados fueron aun peores que en la anterior. Con el asedio y pérdida de Dunkerque, Piccolomini comprendió que tenía la baza perdida; ni siquiera esperó a que se consumase la rendición de la plaza para pedir la licencia. En los meses siguientes sólo le quedó adoptar el papel de víctima de las circunstancias y negar su culpabilidad; pero le era ya imposible aspirar a recuperar la posición de “mesías” de Flandes que había disfrutado hasta 1645. El *Estebanillo* habría nacido punto menos que muerto en cuanto a las motivaciones inmediatas que determinaron su salida; las posibles intenciones del autor en esa dirección perdieron toda vigencia en el espacio de pocos meses. Claro está que estas razones “prácticas” distan mucho de darnos el sentido de la obra, pero nos ayudan a entender, en parte al menos, la razón de haberse incluido en el libro todo un lastre retórico que la crítica ha

solido estimar como simple muestra de un mal gusto adulatorio abstracto y postizo. El que Piccolomini pudiese recurrir en un momento dado, y para sus intereses particulares, a los servicios de un autor ya experimentado en la narración de hechos y vidas ajenas no excluye el que la obra pudiera existir por sí misma al margen del lastre práctico y las servidumbres al presente de que apareció cargada en su día. ¿Por qué, si no la elección del modelo picaresco? Intervenían ahí razones de muy distinto orden, personales y artísticas, que nada tienen que ver con la mala fortuna de un general. Las posibles motivaciones inmediatas que aquí hemos intentado desvelar habrán, en cualquier caso, de tenerse en cuenta como vía de acceso a otros problemas específicamente literarios que se plantean en la obra; entre ellos el de la forma autobiográfica con que se presentó el *Estebanillo*, y el de su autoría.

JESÚS ANTONIO CID
Universidad Complutense